

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *No os alejéis.*

Salmo (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Y sabed que yo estoy con vosotros.*

“Vivimos deprisa, siempre corriendo de un lado para otro, distantes y ajenos; miramos pero no vemos; oímos, pero no escuchamos”. No tenemos tiempo más que para aquello que nos produzca beneficio inmediato y seguimos yendo y viniendo, de aquí para allá a toda prisa, ocupados y agobiados por mil tareas y entretenimientos que nos imponen y nos imponemos. Se diría que vamos huyendo, que vivimos huyendo.

Entre nosotros, en nuestras sociedades, parece haberse instalado la tiranía del ajeteo, de la hiperactividad individualista. ¡Ay de quién se quede “parado”, fuera del circuito, y no viva conectado a las redes de la comunicación inmediata! Es el triunfo de la técnica y del ego, que nos empuja a creer que somos el centro del universo. Y con tanto ajeteo de la superficie, nos vamos perdiendo las cosas buenas de la vida, las que nos hace felices.

Son muchas las personas que buscan sentido, que buscan una espiritualidad que responda al deseo profundo de vivir no de cualquier manera, una espiritualidad que dé hondura a su existencia. Un modo de estar consigo, con los demás, con la naturaleza y con Dios de un modo más auténtico, más humano. Después de tantos avatares vividos, apenas sabemos torpemente que Jesús de Nazaret, el Cristo, vive y camina con nosotros.

En Galilea comenzó todo. Es el lugar del nacimiento de Jesús, el lugar donde fue creciendo como persona, donde se hizo uno más del pueblo, donde fue descubriendo la experiencia más honda que le habitaba: el amor del Abbá, del Padre. Y allí, entre su gente, fue descubriendo el Reino.

Desde entonces, Galilea es más que una zona geográfica identificable en el mapa. Representa a la humanidad, a la historia humana y a Dios haciéndose hombre e historia en Jesús. Galilea es la encarnación de Dios en nuestra tierra y nuestra historia.

El evangelio de Mateo nos relata cómo Jesús resucitado los llevó a Galilea, la tierra de todos ellos, el lugar donde comenzó todo. Allí se despidió de ellos y los envió a la misión. Desde entonces, como hizo con los once discípulos, sabemos que Jesús nos llama y nos lleva a vivir en nuestra propia tierra e historia humana la increíble experiencia que está en el origen de todo: *Jesús, Dios con nosotros.*

Como entonces, Jesús nos envía a la misión. *«Id, haced discípulos de todos los pueblos»*. Pero, **¿cómo lo haremos si apenas sabemos qué comunicar y cómo hacerlo, si nuestras palabras están gastadas y suenan huecas? ¿Cómo lo haremos si dentro de nosotros apenas arde la llama de Jesús y nuestro seguimiento es distante y frío? ¿Cómo podremos hacerlo si nuestra vida apenas es eco y transparencia del Maestro?**

Aun así, a pesar de nuestras vacilaciones, dudas y miedos, Él nos envía. *«Id»*. Por pequeña que sea la experiencia de Jesús, por tibio que sea nuestro seguimiento, por torpe que sea nuestro testimonio, Él nos envía. La misión no es únicamente para los que se van a las misiones, lejos de aquí, tampoco es solo para algunos expertos en el don de la palabra.

Todo cristiano puede sembrar un poco de esperanza y un poco de bondad en su pequeño mundo de relaciones. Todo discípulo de Jesús podrá decir, en algún momento de su vida, que Jesús de Nazaret es importante para él. Pequeñas cosas, pequeños gestos, pequeñas y sencillas palabras llenas de evangelio.

Jesús está con nosotros. Los cristianos hemos sido llamados a descubrir y a vivir esta promesa del Señor: *«yo estoy con vosotros todos los días»*. Nuestras imágenes culturales suelen llevarnos a pensar en un Dios lejano y en un Jesús exterior y del pasado y, sin embargo, como decía el apóstol, *«en Él vivimos, nos movemos y existimos»* (Hechos 17,28). Él habita en lo más profundo de nuestra interioridad.

Tal vez, los cristianos del siglo XXI, superando ciertas imágenes e inercias, estemos siendo desafiados a entrar en la espiritualidad de sabernos acompañados y amados por el Señor, Jesús. Jesús camina a nuestro lado, en la misión de anunciar la Buena Noticia. Por eso, podemos vivir y trabajar serenos, sin estrés, sabiendo que Él nos acompaña y que no es nuestra misión sino la suya.

Lo importante es sembrar lo mejor de nosotros y despreocuparnos de los resultados. Como dice el Salmo 127: *«si el Señor no construye la casa, de nada sirve que se cansen los albañiles»*. Es Dios quien atrae hacia sí los corazones de sus hijos, y es Jesús, el Resucitado, quien desafía a todo ser humano a levantar la mirada en la dirección del Reino.